



U  
 N  
 A  
 «GUERRILLA»  
 LITERARIA

(sobre E. M. de VILLEGAS)

por JOSE M.<sup>a</sup> BALCELLS

Sin lugar a dudas, el libro más curioso que posee la Biblioteca-Seminario de Literatura del Instituto Nacional de Enseñanza Media «Jaime Vicens Vives», de Gerona, es el titulado «Las Eróticas o Amatorias», del poeta de Matute —cerca de Nájera— Esteban Manuel de Villegas, uno de los vates castellanos del siglo XVII. La rareza de esta pieza estriba en que se trata de un ejemplar de la primera edición de la obra citada, rareza que se acentúa si tenemos presente que Villegas retiró de las librerías los volúmenes de esta edición aún no vendidos e hizo, antes de ponerlos de nuevo en circulación, cambiar la primitiva portada por otra. La publicación que he visto en Gerona es precisamente la originaria, la que consta de la cubierta luego desechada. Huelga, pues, ponderar el valor de este libro, ya que nos encontramos con uno de los — ¿pocos? — ejemplares distribuidos, por compra o regalo, al público.

Si al bibliófilo no parece necesario encarcelarle la importancia de esta edición, también resultaría enfadoso señalársela al historiador de la literatura, porque Villegas provocó con este libro una verdadera «guerrilla» — a la polémica sobre el teatro de Lope, de la que también participó Villegas, se la denomina «guerra» — contra algunos escritores contemporáneos. En efecto, don Esteban Manuel de Villegas, muy pagado de su valía literaria, la emprendió con notabilísimas figuras de nuestras letras. En su mencionada obra «Las Eróticas o Amatorias» se hallan alusiones despectivas a Góngora, a Lope, a Cervantes, aunque ninguna a Francisco de Quevedo, que tantos flancos ofrecía a la sátira, tal vez por tratarse de un lejano pariente suyo. Su engreimiento no se detuvo, empero, en creerse superior a los ingenios españoles. Desvalorizaba, asimismo, a los humanistas extranjeros y ni siquiera respetaba a los Padres de la Iglesia. La enemiga que sintió Villegas ante escritores tan celebrados en su tiempo contrapesaba las alabanzas que prodigó a poetas de menor calidad, motivaciones que en ambos casos y en buena parte se explicarían por la envidia y por cultivar o no su amistad.

La «guerrilla» venía servida por las ínfulas del propio Villegas, que iniciaba su carrera en el mundo literario con impregnable inmodestia. En marzo de 1618, impresas «Las Eróticas o Amatorias» y ya a la venta en las librerías madrileñas, armó un extraordinario revuelo entre los autores de la capital, pues la edición se presentaba con un frontis escandaloso: un sol naciente con el lema «Me surgente, quid istæ? (Si surjo yo, qué (harán) éstas? Con «éstas» se refería a unas estrellas — en número de veintinueve — que simbolizaban a los demás poetas coetáneos, y que se dibujaron por encima de los rayos solares villeguianos. Por la consiguiente irritación de los literatos, se apresuró a recoger los ejemplares no comprados, a

sustituir la vanidosa portada por otra y a encajar su falta de delicadeza.

Su afán de preeminencia está en el origen de su enfrentamiento con los califas de la literatura de entonces, molestos — aparte del frontis — por la lectura misma de «Las Eróticas», donde Villegas confirmaba a cada paso su narcisismo. Bien podía el matutense prescindir de la provocativa portada donde se figuraba como un sol, porque en la Oda XXXVI permanecía en pie el tema, y no sólo ratificando su orgullo frente a los que consideraba envidiosos de su gloria, sino hasta como una manifestación de que en el frontis se había quedado corto en alabanzas:

«Ya me da nombre el vuelo de Pegaso,  
y de invidias mortales  
cervices piso en carros triunfales.  
La juventud lozana  
que vendrá en las edades postrimeras,  
desde sus vidrieras  
me verá, como el sol de la mañana,  
luciendo en arreboles,  
que parezca, no un sol, sino mil soles».

En estrofas siguientes, reconoce que presume, si bien anuncia que su apellido difícilmente se olvidará, y vaticina sobre su fama que no la igualarán todas las grandezas que celebra «la humana fantasía». En la monóstrofe 49, se autotombra Febo de la Iberia, y tras subrayar que le espera el premio de la «eterna memoria» y de la «eternidad fatídica», ensalza su habilidad técnica, concretamente, su «facundia» y su «pericia». En la monóstrofe 64, dedicada a su impresor, logrará — sigue pavoneándose — con sus versos que el Najerilla natal exceda al Betis y al Tormes, de manera que su poeta alcance una fama superior a la de Fernando de Herrera y Fray Luis de León. Estas predicciones no se cumplieron, aunque merece Villegas un sitio destacado entre las musas castellanas de su centuria. En general, sus contemporáneos le regatearían los elogios, salvo excepciones. Y también el mismo Villegas, años después de publicadas «Las Eróticas», compuso una sátira en que recortaba sus altos vuelos pasados, y enjuicia con menos vanagloria sus poemas, pero sin desterrar el prurito de supremacía:

«Confieso que a gran cosa me dispuse,  
y aunque no conseguí lo que quería,  
con todo eso a los otros me antepuse».

### Enemigas literarias

Esteban Manuel de Villegas actuaba como un francotirador. Coincidió con Cervantes, al igual que Armendáriz, Rey de Artieda, Cristóbal de Mesa y otros, por un similar orientación estética de molde clasicista, pero sus tan parecidas preceptivas no le impiden zaherir cruelmente al autor del Quijote. Como Cervantes, censura-

ría unos mismos aspectos no aristotélicos de Lope, y como Lope, satirizaría la magna creación del hidalgo manchego. Su temperamento, pues, más que sus teorías, le enfrentaban a unos y a otros, siempre que de escritores consagrados se tratase. En la célebre Elegía VIII de la parte segunda de «Las Eróticas», a vueltas de tildar de mal poeta al manco de Lepanto, desmerece malintencionadamente, en venenoso terceto, la gran novela cervantina:

«Trás del Helicón a la conquista  
mejor que el mal poeta de Cervantes,  
donde no le valdrá ser quíjotista».

Y envía la composición, en pedestre originalidad, a un mozo de mulas, acentuando si cabe el injusto maltrato. Alguien supuso que con el ataque a Cervantes quiso complacer a los Argensolas, pero se me antoja una arriesgada suposición. Mayor verosimilitud ofrece la hipótesis de Narciso Alonso Cortés, que intuye a un Villegas despechado al no incluirlo Cervantes en el «Viaje del Parnaso», aparecido en 1614. Claro que por estas fechas aún no se había publicado «Las Eróticas», pero piensa Alonso Cortés que si Villegas era conocido ya entre los poetas se creyó con derecho a ser citado en la extensa lista de Cervantes. Quizá se entendería la animosidad de Villegas por su intemperante juventud ansiosa de nombradía. Desconozco otras posibles invectivas de Villegas a Cervantes, de quien maldijo también por este tiempo Cristóbal Suárez de Figueroa, y con terca constancia. Afines en petulancia, colaboraron ambos en difundir el tópico — hoy arrinconado, afortunadamente — de un Cervantes sin gracia poética alguna.

Innecesario señalar que los enconos surgidos entre Lope de Vega y Villegas los provocaría el matutense. Muy joven aún, censuraría la estética sui generis practicada por el Fénix para captarse al público. En la misma composición donde vapuleara a Cervantes, Villegas dialoga con el mulero de marras acerca de la problemática artística y teatral. Y bajo el prisma teórico de las tres unidades dramáticas — en concreto la de tiempo — emite un irónico juicio a la pieza de Lope «Ursón y Valentín», una de las que más hirieron — según Menéndez y Pelayo — a los amantes de la preceptiva clásica. También se ha creído que Cervantes, en «Pedro de Urdemalas», se refirió a este drama lopesco ridiculizando que de una jornada a otra un niño pase a viejo. Directa o indirectamente, Villegas siguió aludiendo a Lope en otros versos de la misma elegía. Propone al mozo de mulas destronar de la monarquía teatral al «cómico de España», pues escribir tragedias le resultará más fácil «que hacer medias». Lamentando el olvido de clásicos como Plauto y Ennio, y de teóricos como Naharro, desestima la revolucionaria fórmula del Fénix, no sin detectar personajes y metáforas que considera viciosos («rubís y margaritas»), pero re-

conociéndole expresiones con garra. Villegas — al igual que hicieran su amigo Cristóbal de Mesa, y también Cristóbal Suárez de Figueroa — pasa después a una acre sátira de las academias literarias de su tiempo, quizá enfrentándose particularmente con la Academia El Parnaso, a cuyas reuniones asistía Lope de Vega.

Quienes han historiado, o simplemente han escrito, sobre la polvareda que se levantó contra el Fénix, procuran señalar un cabecilla en el movimiento antilopesco. Se asegura que Villegas y Mesa se agregaron a Rámila, instigado a su vez por el excéntrico Figueroa. Pedro Torres Rámila, repetidor de Gramática en la Universidad de Alcalá, compuso el libelo «Spongia», del que se duda si llegó a publicarse. Personalmente, opino que la mordacidad de Villegas para con Lope no depende de la «Spongia» ni tampoco de unas previas invectivas de Suárez de Figueroa. Villegas se metió con el Fénix por su cuenta y riesgo, y a tenor de su motivación contra los escritores más dilectos de las musas y del público. No descarto que pudiera influir Rámila en Villegas. Pero resulta estrechísimo encajar la supuesta aparición de la «Spongia», en 1617, y la redacción de «Las Eróticas», obra al parecer ya finalizada en 1616, aunque publicada en 1618. La Elegía VIII villeguana se escribiría (si es preciso para sostener el influjo del Rámila en Villegas) mientras el libro se imprimía, hipótesis no descabellada, pues se comprobó, por ejemplo, para una cantilena del matutense. De hecho, Villegas dispuso de tiempo suficiente, toda vez que la primera aprobación de su libro se daba el 23 de diciembre de 1616, y la última se fecha el 19 de diciembre de 1618, mediando dos años justos. Pero fue Rámila, a mi ver, quien se sintió impelido por un pre-ambiente de semifracasados o envanecidos — entre ellos Villegas — de los que devino el más imprudente vocero.

A Lope de Vega le quemarían las lanzadas de Villegas. Pero con su buen talante natural, y por un cierto escepticismo y benevolencia hacia los demás, no le recriminaría demasiado. Entendió el dibujo del frontis de «Las Eróticas» como una fanfarronada intrascendente, y aún con razones bastantes para satirizar al Cisne de Najerilla, apreció la dulzura de sus traducciones de las falsas «anacreónticas», y su bien ganada posteridad. Comprobémoslo en estos versos del «Laurel del Apolo»:

«Aspire luego de Pegaso al monte  
el dulce traductor de Anacreonte,  
cuyos estudios con perpetua gloria  
librarán del olvido su memoria;  
aunque dijo que todos se escondiesen  
cuando los rayos de su ingenio vieses».

Nadie mejor que Lope para estimar la valía de Villegas. Explica Menéndez y Pelayo que, anteriormente al matutense, el Fénix tentó la técnica de la anacreóntica en la comedia mitoló-

gica «Adonis y Venus», en la composición «Por los jardines de Chipre». Por experimentar las dificultades del heptasílabo primero que el Cisne de Najerilla, repararía sin duda en la delicadeza, naturalidad y gracia de los versos villeguianos, que le aventajaban con toda justicia. La posible acrimonia de Lope hacia Villegas quedaría envuelta en la acusación que el Fénix lanzó contra todos los que la tomaban con su persona. Pero también se reconocería al no citarle en ninguna de sus obras (ni siquiera en «La Circe») salvo en «El laurel de Apolo».

### Frente a don Luis de Góngora

A Esteban Manuel de Villegas, poeta al fin del siglo XVII, le influyó la estilística gongorina, como a tantos autores de su tiempo, si bien su estilo fue menos afectado que el de otros escritores, y aún se piensa pretendió reaccionar contra de la corriente culterana. Las reminiscencias de la escuela culta se notan constantemente en «Las Eróticas», especialmente en el empleo del verso bimembre, en los temas, y en los calcos o recuerdos del magno vate cordobés. Citemos un delator endecasílabo en gradación:

«en humo, en sombra, en nada convertida?»  
que pertenece a la Oda XIII del libro primero de «Las Eróticas». Y una simetría bilateral bastante ilustrativa:

«al campo le da flor, al cisne pluma»  
(Oda I, 1, 42)

Pero en una de las sátiras que Villegas publicara posterior a «Las Eróticas», la dirigida a Bartolomé Leonardo de Argensola, criticaba a los poetas gongoristas. Y en cambio, el matutense había dedicado años atrás, en «Las Eróticas» mismas, la Elegía VI al Conde de Villamediana (amigo e imitador de Góngora) en alabanza de su Faetón. ¿Qué pensar ahora? ¿Está la clave en la constante del carácter de Villegas, despreciador de los grandes poetas, y amante de otros menos importantes? Ya Vicente de los Ríos, en el siglo XVIII, le reprochaba sus incoherencias valorativas, que obedecían a «los particulares motivos del poder y la pasión».

En la Elegía VIII, aducida tantas veces, Villegas se emplea dialécticamente contra la estilística culteranista. Denomino «dialéctica» a esta crítica porque se hace una sátira del estilo gongorista (tesis) a través de una sátira del estilo pedestre (antítesis), y la solución, no explícita, implica una superación contrastativa de ambas estéticas (síntesis). En el texto, además, existe una curiosa referencia a la tan manida «escalada» del barroquismo que se establece entre Juan de Mena - Fernando de Herrera - Luis de Góngora. Sólo que Villegas, en genial

intuición, coloca a Garcilaso — el poeta del equilibrio formal — en la carrera de la complicación literaria:

«Romance a pata llana es el que pido,  
que ensarte laconismos cada paso  
y que abrevie la frasis y el sentido;  
no que sobre las ancas de Pegaso  
me lleve su oración por los rodeos  
que tienen Juan de Mena y Garcilaso».

Pero los únicos versos dirigidos a la persona de Góngora se encuentran en el libro primero de la segunda parte de «Las Eróticas», en la Elegía V, a Cristóbal de Mesa, donde Villegas, aparte de criticar («conceptos pocos, versos infinitos») en don Luis que se pague más de la extensión que de la intensidad — y permítanse estos términos de Gracián — le tildará de «fértil viejo/que ya navega transtornando el Norte». La ancianía, según Villegas, causa la decadencia literaria, porque la inteligencia se embota. Villegas lo expresó así:

«Porque el ingenio necesariamente  
debe constar de fuego, y el que apoyas,  
o le tiene gastado, o deficiente».

### Amistades literarias

Pudo conocer nuestro Cisne a personajes como Suárez de Figueroa o Torres Rámila, pero no consigo atar los cabos que probarían una amistad verdadera con tan maldicientes escritores. Un indiscutible compañerismo le unía a Cristóbal de Mesa, a pesar de que Villegas era veinticuatro años más joven. Trató también a Bartolomé Leonardo de Argensola, como veremos más adelante, y al licenciado Cascales. Pero nada autoriza a sospechar una relación directa con autores a quienes dedica alguna de sus obras, aunque tal vez les saludara ocasionalmente en la corte, como sería el caso del Conde de Villamediana, o de Juan Fernández de Velasco, Condestable de Castilla.

La amistad de Mesa y Villegas se trasluce en el texto de la aprobación de «Las Eróticas», donde Mesa alaba el «elegante estilo» y la facilidad con que el matutense imita a los poetas antiguos. Por su lado, Villegas se dirige a Mesa en la Elegía V, donde aludió a Góngora. Deduzco que se carteaban:

«Dices que Don Luis está en la corte»  
y que Cristóbal de Mesa ensalzaba al cordobés,  
aunque Villegas le desestima:

«Dices que vierte flores: no lo creas»

También comprobamos el tono de intimidad con que el Cisne le recuerda los años pasados en Madrid durante la juventud más temprana, disculpándose, de paso, por no presentarse en la corte a saludarle:

«Allá (a Madrid) dirijo todo mi progreso  
pero como mi madre nordestea,  
calma las esperanzas el suceso,  
no permite, Cristóbal, que te vea,  
quizá por las pasadas travesuras,  
de quien a todos tiempos forma idea».

Pero dejaría a un lado los deseos maternos caso de encontrarse en Madrid el «retor de Villahermosa», apelativo que sus contemporáneos daban a Bartolomé Leonardo de Argensola. Corre por cuenta de Mesa averiguar si está el aragonés en la capital, y avisar a su amigo en Nájera:

«Y tú, si no hay ocupación forzosa,  
ea, pregunta, inquiera, escudriña,  
cuando viene el retor de Villahermosa.  
Que si tanta ventura se me aliña,  
allá me verás presto en San Felipe,  
por más que nuestra vieja llore, o riña.  
Y a dios gran consejero de Aganipe».

Villegas conocería personalmente, pues, a Bartolomé Leonardo de Argensola, que por cierto le llevaba veintitrés años, y al que dedicó una Epístola, publicada por Sedano. Le admiraba muchísimo, y a su través contempló a Horacio. Villegas confiesa su dependencia estética con el menor de los Argensolas, y nos informa de la fama de que gozó Bartolomé Leonardo. Cito como prueba estos versos de la sátira que le dedicó:

«Vilo, Bartolomé, no una vez sola,  
que el dedo de Madrid te señalaba  
diciendo: Este es la Fénix española.  
Yo entonces rapacillo comenzaba,  
y sobre tus pisadas tal vez puse  
mi pie que perezoso caminaba».

Con el licenciado Francisco de Cascales, también escritor, Villegas quizá se trató, pues parece que Bartolomé Bernardo (nótese la casi homofonía con Bartolomé Leonardo... de Argensola), hijo del matutense, fue su discípulo, según se colige de una de las disertaciones del Cisne. Mantendrían, al menos, correspondencia, y desde luego no ignoraban su obra mutua. Vicente de los Ríos sugiere que hablaba Cascales de Villegas en un párrafo de una carta a don Tomás Tamayo de Vargas. Finalmente, no sería extraño que Villegas conociera — le dedica sus versiones de Horacio — al Condestable de Castilla Juan Fernández de Velasco, autor de las «Observaciones del Ldo. Prete Jacopín, vecino de Burgos, en defensa del Príncipe de los poetas castellanos Garcilaso de la Vega, vecino de Toledo, contra las Anotaciones que hizo de sus obras Fernando de Herrera, poeta sevillano».